

Por sus abuelos ganado,
Que derribando á cercen
La cabeza de algun moro
Le hicieron suyo despues,
Dividiendo en cuarteles
Los heraldos para él.
No es noble quien pasa el día
Encerrado en un haren
Entre eunucos y mugeres
Como impúdica muger,
Guardando del sol la frente,
Y de la arena los piés,
Con un altar y un serrallo
Y el alma estéril sin fé.
No es noble quien cuenta ufano
En su alcázar cinco, diez,
Veinte nombres en hilera
Colgados en la pared,
Al pié de veinte retratos
De veinte nobles como él.
No son la virtud y el genio
Cetro y corona de rey,
Ni se heredan como escudos,
Que el oro compra tambien;
Los escudos enmohecen,
Los tronos pueden caer,
Pero la virtud y el genio
Se levantan de una vez,
Eternos como su estirpe,
Que solo Dios les da el sér.

II.

Nobles al cielo subireis vosotros
Con esa gloria que buscáis inquietos,
Y aquí en la tierra dejarán los otros
Sus armas, y detrás sus esqueletos.
Que empieza en el sepulcro vuestra gloria
Que hoy el mezquino mundo menoscaba,
Porque el placer del mundo y su memoria
Llega á la tumba y en la tumba acaba.
Ellos la suya comprarán con oro
Porque su mármol su nobleza abona,
La vuestra en vez de mundanal decoro
Solo un nombre tendrá y una corona.
En ella colgarán vuestros laureles
Porque duerma tranquila la cabeza,
Y al pié pondrán el arpa y los pinceles
Que al mundo contarán vuestra nobleza.
Vuestra nobleza, mágicos pintores
Que de la creacion rasgando el velo
Formais como Jehová luz y colores
Para vestir la lobreguez del suelo.
Él ocultó la voz de la armonía
En el torrente y en la selva en vano,
Allí, músicos, fué vuestra osadía
A sorprenderla con robusta mano.
Alzáronse al Señor templos y altares,
Y allí fueron poetas y pintores,

Vosotros le ensalzásteis con cantares
Porque os dieron su voz los ruiseñores.
Los ángeles le cantan en el cielo,
Y le cantais vosotros en la tierra,
Mientras de hinojos en el sacro suelo
Escucha humilde el hombre, ora y se aterra.
Un solo libro nuestra Iglesia tiene
Que poetas cantaron y escribieron...
O al alma Dios de los poetas viene,
O ellos un Dios en su cantar mintieron.

No importa que hoy ignorados
Cruceis el desierto mundo,
Sin corona y sin blasones
Que doren el nombre oscuro :
Que ley es morir mañana
Que á todos Dios nos impuso,
Y despues de vuestra muerte
Cercarán vuestro sepulcro
Los que aborrecen en vida,
Y al grande envidian difunto.
Perros que ladran cobardes
En torno un toro robusto
Que yace rendido en tierra
Acogotado entre muchos.
Los que aman oro en la tierra
Y de sus honras el humo,
Ladran á los piés del genio
Sin que sus gritos agudos
Al tocar en sus oídos
Turben la paz de su orgullo.
Y si á envidiar van sus rayos
En derredor de su túmulo,
No temais, no, para entonces,
Porque sus ojos confusos
Si osan mirar vuestra lumbre
Han de cegar á su impulso.
Pues aunque á despecho brille
Del alma imbécil de muchos,
Ocultarla podrán todos,
Pero apagarla ninguno.

EL AMOR Y EL AGUA.

EL AMOR.

— « Pues en tí, fuente, se mira
Porque su beldad retrates,
Y los rayos de sus ojos
Reverberan tus cristales;
Deja, fuente, que los míos
Agua en tus aguas derramen,
Que las aguas con las aguas
Se borran ó se deshacen :

Porque si sueltos dejara
Entramos á dos raudales
Pusieran fuego á la tierra
Segun al verterlas arden.
Y al menos como en tus ondas
No han de quedar sus señales,
El consuelo de no verlas
Hará que menos amarguen.
Como á ella, pues, la duplicas
Sus contornos celestiales
Haz reflejando mi duelo
Que yo mismo me acompaño.
Engañaime con mi sombra
Porque yo mismo me engaño
Pensando que lloran dos
Uno en mí, y otro en mi imagen.
Porque tú no sabes, fuente,
Cuanto endulzan los pesares
Las lágrimas de otro triste
Que llora duelos iguales.

Pero ya que no me guardas
Por traicion ó por desaire
Sobre tus aguas sus formas
Porque yo aquí no las halle,
Deja que llorando en ellas
Que salga al jardín aguarde
Por verla pasar de lejos
Aunque indiferente pase :
Pues he de ser tan humilde
Y tan respetuoso amante
Que porque no la dé en ojos
El disgusto de encontrarme,
He de volverme de espaldas
Mirando hácia tus cristales.
Pero prométeme, fuente,
Que si por fortuna sale
Cuando yo mire tus ondas
Tus ondas me la retraten.

Así á tu blando murmullo
Enagenadas las aves
A compás del agua trinen
Enamorados compases;
Así juguetonas vengan
En tu corriente á bañarse
Robando al alba matices
Que por tus espejos cambien.
Y tantas á verte acudan
Que cuando el sol se levante
Piense que en vez de rocío
Las nubes lloraron aves.
Así te arrullen las hojas
Que tapizan esos árboles,
Porque no sientan las flores
Que si te adornan, calles.
Así en tí las flores viertan
El bálsamo de sus cálices
Brotando de hoy á porfía
En tus bordes á millares ;

Y así cayendo tus aguas
Desde la taza de jaspes
A gotas las tornasole
El rojo sol de la tarde;
Y partiéndolas en hebras
Cuando como espejos salen
Las rice, columpie y trence
Suelto y revoltoso el aire. » —

EL AGUA.

— « Bien pensé, amor, que eras loco,
Mas no que tan loco fueses
Que buscaras en mis ondas
Tus hermosuras rebeldes.
Si las hermosas se miran
En el cristal de las fuentes,
Es porque el perfil se borra
Cuando el lindo rostro vuelven.
Que si en el cristal quedaran
Sus imágenes perennes,
Por zelos de aquella copia
No se asomaran á verse.
Vano consuelo es que quieras
Ver la tuya en mi corriente
Para que viendo tu sombra
Con tu sombra te consueles.
Porque si tal es el fuego
Que tus turbios ojos vierten,
Tal hará que hierva el agua
Que tu sombra no refleje.

Mas si al jardín como dices
Por tu ventura saliere,
Que le has de volver la espalda
Si te lo persuades, mientes.
Que ó por postrarte á sus plantas —
O porque mejor te viere
Iraсте loco tras ella
Aunque de verte le pese :
Y si te pinto su imagen
En mis aguas transparentes,
Acaso en tu desvario
Tanto por ella te ciegues,
Que para abrazarla osado
Por mis ondas atropelles,
Confundiendo ambos retratos
Con barro, algas y peces.

No estrañes que tal te diga,
Amor, si oirme te ofende,
Que segun lo que deliras
No es estraño que tal piense.
Y has de saber, pues en premio
De mi compasion me ofreces
Que sol, aves, hojas, flores,
Amorosas me requiebren,
Que aunque tú no lo mandarás
En esto ellas te obedecen :
Pues si las aves me trinan
Es porque mis aguas beben :

Si los árboles me arrullan
Es porque yo les remede;
Si las flores me embalsaman
Porque mis aguas las rieguen;
Y si el sol me tornasola
Es porque yo le refleje.
Y el aire es tan galan mío
Que imposible me parece
Que ondular puedan mis hebras
Sin que blando me las bese,
Y revoltoso jugando
Las rice, columpie y trence. » —

A LA MUERTE DE...

¿Qué te harás sola en el sepulcro lóbrego
Sin oír las palabras de un amigo?
Si al menos ¡ay! los días que me restan
Bajo la húmeda losa
Pasara yo contigo!

Yo cubriría con mi cuerpo el tuyo
Cuando la lluvia fría penetrara
La piedra que te oculta de mis ojos,
Y el cierzo de la noche
Tus sienas no tocara.

Y mis manos la yerba arrancarían
Que creciera en la tumba abandonada,
Y alejaría el fétido gusano

Que se arrastrara hambriento
Con su sorda pisada.

Mas tú ¡alma mía! por tus rubias trenzas
Bullir le sentirás y por tu frente
Sin poder rechazarle, mientras el hombre
Contemplará tu tumba
Con ojo indiferente.

Si al fin quedaran las almas
Velando el difunto cuerpo
En pláticas amorosas
Con las almas de otros muertos;
Si al fin así descansarás
Bajo el pabellón del cielo,
Sin que el tumulto del mundo
Turbara nunca tu sueño;
Si el amor que se hubo en vida
Muriera en el cementerio
Y no hubiera en otro mundo
Memoria del mundo nuestro...!
Mas ¡ay! que vendrán los hombres
Falsas plegarias mintiendo
Todos los años un día
A visitar vuestro lecho.

Vendrán con sus oropeles,
Sus farsas y devaneos,
La vanidad en el alma,
La vida en el pensamiento.
No á mullir vuestras almohadas,
No á daros santos consuelos
Derramando en vuestras tumbas
Las flores de los recuerdos,
No á reconocer su nada
En los despojos del tiempo,
No á ver lo que sois vosotros
Para ver lo que son ellos:
Que aunque un espejo es la tumba,
Cubrir su cristal supieron
Con velos de mármol y oro,
Cuyo cortinaje espeso
Robando al cristal las luces
Impide que á sus reflejos
El vidrio fatal les pinte
El polvo donde nacieron.
No: que vendrán á deciros
Que han mentido en otro tiempo
Cuando al daros un sepulcro
« *Dormid en paz,* » os dijeron.

Mas habrá un cielo por dicha
Detrás de ese cielo azul
Donde irán, paloma mía,
Los que mueren como tú.
Allí vivireis tranquilos
En alcázares de luz,
Con los ángeles que velen
Por vuestra santa quietud
En pabellones de estrellas
Alfombrados de tisú,
Libres de ingratos recuerdos
De la desdicha comun;
Porque al abrirse las puertas
Del misterioso atahud
Hallan paz, vida y contento
Los que mueren como tú.

Que fresca brisa serena
Halague tu casta sien,
Del bello jardín de Eden
¡O purísima azucena!
Duerme pacífica, sí,
En un lecho de aleli
Que te formen para tí
Los ángeles del Señor,
Y en un porvenir risueño
Duerme, duerme, dulce dueño,
Y que te vele tu sueño
Un espíritu de amor.

Y dé placer á tu oído
Susurrando mansamente

De alguna encubierta fuente
El misterioso ruido.
Y en tus ensueños de paz
Te preste grato solaz
Con su armonía fugaz
Algun lejano laud;
Y por tu mente resbale
Aérea ilusion que iguale
De blanca luna que sale
A la trasparente luz.

Mientras en brazos del destino
En las tinieblas que estoy
A ciegas buscando voy
De tu morada camino.
Y pasan las horas mías
Como turbias ondas frías,
Que sus revoltosos días
Sañudo invierno formó:
Como barquilla que mece
Ruda tormenta que crece,
Cual se agosta y desaparece
Flor que en la nieve brotó.

LA ORGIA.

La sombra nos cobija
Con su tapiz de duelo:
Cansado ya del cielo
El sol se hundió en la mar.
El mundo duerme imbécil,
Vacilan las estrellas,
En torno á las botellas
Venid á delirar.

Venid, niñas sedientas
De libertad y amores,
Que fiestas y licores
Dan libertad y amor.
Húmedos de esperanza
Traed los ojos bellos,
Sin trenzas los cabellos,
La frente sin rubor.

La vida es una farsa
Hipócrita y demente,
Y el mundo indiferente
Se cansa del placer;
El mundo se ha dormido;
Romped vuestros papeles,
Dejad los oropeles
Que vano os prestó ayer.
Dejad de esa comedia
El torpe fingimiento,
Ahogad el preso aliento
Con larga libación.

La sombra, si ese cielo
Su luz tiende importuna,
Envolverá la luna
En tocas de crespon.
¡Oh! lejos de los ojos
De la curiosa plebe
La copa en que se bebe
Nos abre un ancho Eden;
El fondo cristalino
Las luces multiplica,
Y de vapores rica
Perfuma nuestra sien.

Los labios defrenados,
La lengua desatada,
En larga carcajada
Prorumpen sin cesar.
La lumbre de los ojos
Inquieta y licenciosa
Los ojos de una hermosa
Se afana en reflejar.

Venid á los festines
Avaras de placeres,
Que el cielo en las mugeres
Ateoró el placer.
Venid, niñas, sin cuitas
Desnudo el albo seno,
Porque quiero el veneno
De vuestro amor beber.

Quando la inquieta mente
Con el vapor vacile
Y revoltosa apile
Fantasmas de vapor,
Vereis como insensata
El ánima delira,
Y voluptuosa aspira
El ámbar del amor.

Entonces en la sombra
Las pardas muselinas
Visiones peregrinas
Flotando mostrarán,
Y en cada marco de oro
Cerradas les pinturas
Diabólicas figuras
Al vidrio asomarán.

Entonces cada lámpara
Parodiará una hoguera
Que miente y reverbera
Las lámparas del sol;
Y en el balcón la luna
Parecerá una estrella
Donde arde una centella
Del fúlgido farol.

Cada sonoro brindis
De la animada fiesta
Nos finjirá una orquesta
De mágica ilusion:
Un eco misterioso
Sin canto, ni instrumento,

Que irá con el aliento
A dar al corazón.
De cada ardiente beso
El lúbrico estallido
Rasgará el sostenido
Murmullo bacanal;
Como reló deshecho
Que sin marcar las horas
Sacude las sonoras
Campanas de metal.
El mundo duerme, niñas,
Bebamos y cantemos,
Que mas no sacaremos
Del mundo engañoso;
Húmedos de esperanza
Traed los ojos bellos,
Sin trenzas los cabellos,
La frente sin rubor.
Venid, y mal prendidos
Los velos y los chales,
Prodiguen liberales
La luz de vuestra tez:
Los ondulantes rizos
Flotando por la espalda,
La mal ceñida falda
Mintiendo desnudez.
Y las de negros ojos
Que ostenten su mirada
Altiya, enamorada,
Con infernal pasión,
Y las rubias ostenten
Sin máscaras de tules
Las pupilas azules,
Y rojo el corazón.
La noche se desliza,
Su llama el sol enciende,
El día nos sorprende,
Va el mundo á despertar.
¡Cantemos y bebamos,
Que cuando venga el día
El sueño de la orgía
Le volverá á apagar!

EL CANTO DE LOS PIRATAS.

TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

Alerte! alerte! voici les pirates
d'Ochali qui traversent le détroit.
Le Captif d'Ochali.

Con cien cautivos llevamos
Fletada nuestra galera,
Que en una y otra ribera
Para el haren reclutamos.

¡Al mar! ¡al mar! marineros;
En Fez entramos mañana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

Cabe un convento botamos
Al agua el ancla tenaz,
Linda muchacha apresamos
Dormida en traidora paz:
Mil fantasmas hechiceros
Soñaba á la mar cercana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

— Forzoso es, niña, callar. —
Ea, ganemos el viento,
Esto no es mas que cambiar
Por un haren un convento.
Os haremos mahometana
Y el sultan ha de quereros.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

Huir desesperada quiso.
¡Y osais, hijos de Satan...!
Lloró, suplicó. — Es preciso,
La contestó el capitán. —
Sus clamores lastimeros,
Su resistencia fué vana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana

En su dolor parecían
Sus ojos un talisman,
Mil cequíes bien valían,
La hemos vendido al sultan.
Lo debe á mis compañeros
Ayer monja y hoy sultana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

ORIENTAL.

De la luna á los reflejos
A lo lejos
Arabe torre se ve,
Y el agua del Darro pura
Bate oscura
Del muro el lóbrego pié.
Susurra el olmo sombrío
Sobre el río
Dando al oído solaz,
Y en los juncos y espadañas
Y en las cañas
Susurra el aura fugaz.

Se abre en la arena amarilla
De la orilla
Vertiendo aroma la flor,
Y las plumas de colores
En las flores
Estremece el ruiseñor.
Vierte en gotas cristalinas
Peregrinas
El rocío su cristal,
Y en cada perla de plata
Se retrata
El alcázar oriental.
Descorridas las sombrías
Celosías
Del calado torreón,
Está en la árabe ventana
La sultana
Murmurando una canción.
Y en la atmósfera serena
Libre suena
La melancólica voz,
Y abajo en la yerba verde
Al fin la pierde
Con la ráfaga veloz.
Y al compás de su garganta
Raudo canta
Contestando el colorín
Saltando entre los galanes
Tulipanes
Del espléndido jardín.
Y al rumor del dulce trino
Peregrino
De arpa, bella, y ruiseñor,
Oído prestan atento
Agua, viento,
Olmo, alcázar, campo y flor.
Así la mora decía,
Y respondía
En la rama el colorín,
Y esto el moro la escuchaba
Que velaba
Receloso en el jardín.
« Danme el ánimo de un moro,
« Perlas y oro,
« Y coronas en la sien;
« Dime, flor, á mi ventura
« Y hermosura
« Lo que falta en el haren!
« Danme chales los califas
« Y alcátifas,
« Y guirnaldas en la sien;
« Dime, huerto, á mi ventura
« Y hermosura
« Lo que falta en el haren!
« Danme baños y festines
« Y jardines
« Que me mienten el Eden,
« Dime, río, á mi ventura

« Y hermosura
« Lo que falta en el haren!
« Transparentes como espumas
« Danme plumas,
« Y atan velos á mi sien;
« Ruiseñor, di á mi ventura
« Y hermosura
« Lo que falta en el haren!
« Nada al fin que les dé enojos
« Ven mis ojos,
« Nada que arrugue mi sien;
« Dime, luna, á mi ventura
« Y hermosura
« Lo que falta en el haren! »
Llegaba aquí, y una sombra
En la alfombra
La lámpara dibujó:
A su lado en la ventana
La sultana
Con el sultan se topó,
« Tienes torres, dijo el moro,
« Perlas y oro
« Y guirnaldas en la sien;
« Dime, hermosa, á tu ventura
« Y hermosura
« Lo que falta en el haren.
« ¿Qué hay en el huerto sombrío,
« Y en el río,
« Y en el ave y en la flor,
« Que al rayar el claro día
« ¡Vida mía!
« No te traiga tu señor?
« Di, ¿qué falta á tu belleza,
« A tu riqueza
« O á tu loca voluntad? » —
— « Señor, esos ruiseñores
« En las flores
« Tienen aire y libertad. »

LA PLEGARIA (1).

Hélos al pié de la cruz
En oración reverente;
La virtud brilla en su frente
Como la primera luz
Del sol que alumbra en oriente.
Niños tal vez desvalidos
Que pasan desconocidos,
Con la inocencia en el alma,

(1) Publicada en el *No me olvidés*, acompañada de una estampa del señor Ortega, para cuyo objeto se escribió.

Como en desiertos perdidos,
Con sus racimos la palma.
Angeles acaso son
Que el mundo sin conocer
Llevan en el corazón
Una sublime oración
Y las virtudes de ayer.
Sus ojos ven solamente
A través del blanco velo
Que cerca el alma inocente,
Vida en la tierra inclemente,
Luz y armonía en el cielo.
Ven en el alba colores
Y en el llano yerba y flores;
Sombra, del valle en la hondura,
Y en el aire ruiseñores,
Y peñascos en la altura.
Para ellos música el viento
Es, si las alas despliega,
Si en las secas hojas juega,
O entre las flores se pliega,
Con lascivo movimiento.
Y son las flotantes ramas
Del sol á las rojas llamas,
Del prado, verdes espumas,
De aérea serpiente, escamas,
De águila terrestre, plumas.
Y son los hombres hermanos,
Y oran por ellos contentos,
Hasta que los hombres vanos
Pongan, leones hambrientos,
En su inocencia las manos.
Sabe ella que es virgen bella,
Y él un ángel hechicero,
Porque no dudan él ni ella
Que *ella* es de virtud estrella,
Y *él* de inocencia lucero.
Mas ¡ay! que del pedestal
A la sombra cobijado,
Acaso un ojo carnal
Está en la virgen posado
Con una idea brutal.
Y sobre la tez de rosa
La lágrima de dolor
Que ella derrama piadosa,
El hombre la cree de amor,
Y llama al ángel — *hermosa!*
Que tal vez pintarse intenta
Aquella avara pupila
De torpes formas sedienta,
Mil perfecciones que aumenta
En esa virgen tranquila.
Así incompletas y vanas
Las cosas del mundo son;
Que á turbar vienen livianas
Esa angélica oración
Con imágenes mundanas!

¿Por qué, pintor, ideaste
Una plegaria tan bella,
Si la cruz que levantaste
Luego, pintor, la ultrajaste
Pintando al hombre tras ella?
No digas quién la creó!
Que en ambos culpa no arguya!
Tú fuiste quien la pintó,
Mas la malicia no es tuya,
Que quien la escribe soy yo.

LA JUVENTUD.

Tengo ojos y no ven,
Tengo oídos y no escuchan,
Tengo manos y no tocan,
Tengo labios y no gustan;
Y en fin, sin entendimiento,
Ni albedío que me acuda,
Tengo aliento que no alienta
Y corazón que no pulsa.

CALDERON. *La vida es sueño.*

Cuando á las puertas del nacer llamamos
Senda de flores á los piés tenemos;
Do quier que el rostro en derredor volvamos
Padres y amigos cariñosos vemos;
Do quier los brazos débiles tendamos
Un ósculo inocente merecemos,
Y así contentos á vivir salimos
Solo porque ignoramos que vivimos.
Cuando el mundo se ve desde la cuna
Flores se hallan en él, pero no espinas;
Se ven en él sus mares y su luna,
Sus prados y cascadas cristalinas,
Sin noche el sol, sin rueda la fortuna,
Poblado de fantasmas peregrinas,
Tocado, en fin, con el flotante velo
Del estrellado pabellón del cielo.
La paz de la niñez nos va llevando
Por senda usada, fácil y tranquila,
Donde rebelde nuestra edad brotando
En lechos de oro víctimas apila;
Donde asombrada se dilata entrando
De luz avara la infantil pupila,
Do á manos llenas el placer derrama
Lo que *vida de amor* el hombre llama.
Cercada de fantasmas halagüeños
Allí la ardiente juventud habita
Que dando lindas formas á sus sueños
El imperio del mundo solicita:
Como para acabar tantos empeños
Todo lo hermoso y fuerte necesita,
Presenta á nuestra mente deslumbrada
Todo el vano esplendor de su morada.
En tazas de cristales quebradizos
Nos muestra seductora en sus planteles

Las flores sin olor de sus hechizos,
El temprano verdor de sus laureles:
Y en campos de placer resbaladizos
Sus palacios nos muestra de oropeles,
Jonde yacen en blandos almohadones
Impúdicas ramerías las pasiones.
Allí están los fantásticos espejos
Que mienten la ilusión de los amores
Pintando voluptuosos á lo lejos
Sombras de amor entre pintadas flores;
Y de engañoso sol á los reflejos,
Dando al turbio cristal ricos colores,
Nos muestra el mundo fuente de placeres
Y manantial del mundo las mugeres.
El ánima inocente todavía
Virtud creyendo el cenagal del vicio
Se lanza en pos de tan brillante día
De la vida en el fondo precipicio,
Y á par que corre por la errada vía
Comprende de la edad el artificio,
Que aquel jardín de flores peregrinas
Era el velo no mas de las espinas.

¡Juventud! ¡fácil balanza!
¡Qué presto arrastras vencida
El peso de la esperanza
Con el pesar de la vida!
¡Qué presto se desvanecen
Los fantasmas halagüeños
Que nuestra infancia adormecen
Con mentirosos ensueños!
¡Qué rápida te deslizas
Entre las horas que hechizas
Dejándonos tus cenizas
Donde vamos oro á ver!
¡Juventud! ¡edad de flores!
¡Sombras son ¡ay! tus colores,
Artificio tus primores,
Amarguras tu placer!
Ojos nos das y no vemos,
Pensamiento y no pensamos,
Que es falso cuanto creemos
Y falso cuanto ideamos.
Es mentida tu hermosura,
Es tu fortuna liviana,
Tus esperanzas locura,
Tu paz y tu gloria vana.
Espejo de cien cristales,
Que mientes lo que no vales,
Cuyas luces desiguales
Multiplican la ilusión,
Tú doras tus arboles
Con lumbre de mil faroles
Y llamas osada soles
A lo que pavesas son.
Soñando á vivir venimos,
Pero en tu región vacía

Cuanto mas días vivimos
Soñamos mas cada día.
Te sueña la pasión loca
Y ambiciona tus laureles;
Cuando la razón te toca
Maldice tus oropeles.
La pasión juzga en su anhelo
Que ese cristal es un cielo;
La razón le rasga el velo
Hasta ver tu vanidad,
Y en vez de tus clavellinas
Y tus rosas purpurinas,
Nos muestra al fin tus espinas.
El farol de la verdad.

Espinas son fama y gloria,
Cuanto bien el hombre alcanza:
Espinas de la memoria,
Carcomas de la esperanza.
Espinas son amistades,
Espinas ¡ay! son favores...
Que espinas son las verdades,
Y son espinas sin flores.
Si espinas son solamente
Amistad, gloria y favor,
¿Dónde está, suerte inclemente,
De tanta espina la flor?
Si espinas tan solo dan
Lisonjas de juventud,
Acaso espinas serán
La nobleza y la virtud.
Y espinas estudio y ciencia,
Pues dejan sus vanidades
Demencia nuestra demencia
Y verdades las verdades.
La fé del ánima espinas,
Y espina el amor del hombre:
Mentiras son mas divinas
Con mas hechicero nombre.
Y si espinas solamente
Son virtud, ciencia y amor,
¿Dónde está, suerte inclemente,
De tanta espina la flor?
Edad de sombras pueriles
Que la verdad desvanece,
¡Ni olvidada en tus pensiles
Una flor tan solo crece!
Pues espinas son sus flores
Y espinas son tus placeres,
Entre tan falsos colores
Una mientes y otra eres.
Si espinas de desconsuelos
Son horas tan peregrinas,
¿Dónde guardaron los cielos
Flores de tantas espinas?

LA AMAPOLA.

Flor solitaria y silvestre
Que á la luz sacas del sol
Cuatro pendones de púrpura
Que guarda toso boton;
Pues en el campo te quedas
Y yo del campo me voy,
Tú con tus hojas de fuego
Y con mis lágrimas yo;
Dile al alma de mi alma
Que voy muriendo de amor:
Que entre tus hojas la dejo
Un ósculo y un á Dios.
Porque tú que habitas triste
En las soledades, flor,
Los espinos por abrigo,
El césped en derredor,
Por armonías del aire
La ruda y salvaje voz,
Sin tallo que se sostenga
Cuando á la lumbre del sol
Brotando en agua las nubes
Se revientan en turbion;
Tú, flor, que ostentas tan sola
Tan encendido color
Que me pareces tostada
Al calor de un corazon,
Bien puedes ser mensajera
De un enamorado á Dios:
Que tan sola, pobre y débil,
Tan sin follaje ni olor,
De pasar en amargura
Tu existencia de afliccion
Mas razon no se me alcanza
Que tu solitario amor.

Porque espuesta al rudo viento
Y á la intemperie olvidada
Recuerda tu nacimiento
La soledad y el tormento
Del ánima enamorada.

Porque insensible á otra idea
Que al delirio de tu amor,
El zarzal que te rodea
Y el vendabal que te orea
Dan encanto á tu dolor.

Ni sientes del cierzo el ala
Que te sacude y arruga,
Ni como el tronco y escala
Hollandando la torpe oruga
Tu tosca y silvestre gala.

Ni como el áspero espino
Te rasga el manto de grana,
Cuando sacude sin tino

Sobre tu pompa liviana
Su ropaje campesino.
Y pues sé, triste Amapola,
Que ese encendido color
Que el rojo sol tornasola
No es mas que un barniz de amor
Y por amor vives sola;
Pues yo parto por amores
¡Oh flor! muy lejos de aquí,
Y en tí no he encontrado olores
Como encontré en otras flores
Que por los jardines vi;
En tu cáliz dejo preso
Un ósculo y un á Dios;
Si te agobia tanto peso
Guárdale á mi amor el beso,
Que para *ella* son los dos.

LA NOCHE Y LA INSPIRACION.

A MI AMIGO EL ARTISTA

DON JULIAN ROMEA.

I.

La noche sobre el mundo desplomada
Tendió en él de su sombra el ancho velo,
Porque su sueño no turbase osada
La lumbre de las lámparas del cielo.

Pero temiendo acaso que le ahogara
Con tan espesa red sombra importuna,
Antes que con pavor se desvelara
Trepó al cenit la trasparente luna.

A la amarilla luz con que ilumina
Cobijase la sombra en los rincones;
Y reflejan su llama peregrina
Rios, fuentes, pizarras y balcones.

Como en delirio de amoroso ensueño
De la virgen sonrie el labio amante,
La tierra desplegó su adusto ceño
Al fugitivo resplandor errante.

Duerme allá en su palacio el poderoso,
Duerme el pastor cansado en su cabaña,
Este tranquilo, el otro receloso
Soñando avaro la fortuna estraña.

Duerme al pié de sus armas el soldado
Duerme el mendigo tras de larga vela,
Mientras por este vela su cuidado,
Y por aquel el tardo centinela.

Duerme el ave en las ramas guarecida,
Duerme la fiera en su morada impura,
Aquella por las ráfagas mecida,
Esta al rumor del agua que murmura.

Deslízase la brisa temerosa,
Guardan las nubes la tormenta inerme.
Todo entre sombras á la par reposa,
El viento calla, la tormenta duerme.

Tú, dulce amigo, que en la noche umbría
Al grato són del arpa melodiosa
Ensayabas cantares algun día
Bajo el balcon de tu adorada hermosa,

Déjame que hoy en soledad delire,
Y á delirar contigo me aventure,
Que en tus brazos un hora en paz respire
Y del dormido mundo en paz murmure.

Yo soy el que canté fiestas y amores
En insensatos himnos juveniles,
Y el arpa tosca coroné de flores
Al ensayar mis cánticos pueriles.

Yo soy el que soñé gloria y laureles,
Y con la vida en mi ilusion luchando,
Orlé el mundo de falsos oropeles
Allá en mi loca juventud soñando.

Y á desperté: mis fábulas soñadas,
Mis delirios de amor perdí en el viento,
Y el viento como ramas desgajadas
Las apartó del tronco macilento.

Hoy no conservo de la edad primera
Mas que la voz un poco enronquecida,
Y el velo de la negra cabellera
Sobre la frente sin color tendida.

Quédame de mí mismo la esperanza,
Y el afán de cantar mientras aliente,
Mientras gravite en la vital balanza
La vanidad del corazon demente.

Quédame aun altivo y vigoroso
De noble inspiracion el fuego santo,
Quédasme tú, poeta generoso,
Para escuchar mi desmayado canto.

Tú, que vas á las tumbas de los hombres
A buscar un disfraz y una careta
Para escudar con los difuntos nombres
Tus amargas creencias de poeta.

Tú, que el abrigo de ignoradas leyes
Con la antifaz de un muerto, en gesto bravo
Parodias los esclavos y los reyes
Riéndote del rey y del esclavo.

Tú, que en la farsa del ocioso mundo
Preparando otra farsa al mundo mismo,
Le das á devorar su cieno inmundo
En formas de virtud y de heroismo.

Quédasme tú y la noche silenciosa
Con su turbio fanal, tocas azules;
La soledad del bosque religiosa
Con su manto de pinos y abedules.

I.

Quédame el templo con su acorde coro,
Sus capillas, sus lámparas y altares,
Su santa cruz, sus incensarios de oro
Y sus gigantes góticos pilares.

Quédame el mundo sin la imbécil farsa
Que en su tablado inmenso se coloca;
Todo del teatro, en fin, sin la comparsa
Que bulle en él desordenada y loca.

No mas la contaré sus devaneos;
Ya se acabó mi cántico mundano,
Que me cansan sus falsos galanteos
Y el necio aplauso de su torpe mano.

Ronca la voz y seca la garganta
Espiró mi cantar, rompi mi lira;
Solo mi lengua mis caprichos canta,
Solo esa farsa compasion me inspira.

Puesto que un mundo me finji tan bello
Cuanto le encuentro descompuesto y loco,
Hoy por la turba impávido atropello
Porque le creo á mis delirios poco.

Y hoy á la lumbre de la blanca luna
Escúchame la inspiracion sublime,
Que me bulle en el ánima importuna
Y el perezoso corazon me oprime.

Porque ese cielo azul, y esa ancha sombra
Que mitiga la luz que el sol enciende
Con que la noche su palacio alfombra,
Y esa brisa fugaz que el aura hiende,

Y ese mudo y silencio pavoroso
Que regala el cansancio del oido,
Y en pabellon convierte de reposo
El mundo que á sus piés yace dormido,

Son una inspiracion dulce, tranquila,
Vaga, armoniosa, en que se aduerme el alma,
En que el dudoso corazon vacila...
La que habló Calderon y agitó á Talma.

Esa no la conocen los profanos
Ni revelarla oso ningun profeta:
¡O! ven; que mientras duermen los mundanos
Yo siento en mí la inspiracion inquieta.

Oyela tú, que brota solitaria
Para tí, en tu pacifico retiro
Como amorosa y lánguida plegaria,
Como amistoso y postrimer suspiro.

II.

Pende del cenit la luna,
Reverberan las estrellas,
La vida se vierte de ellas
Porque pensar es vivir.
Vacila inquieta la mente,
El pensamiento medita,

5

Ociosa el alma se agita
Y deliramos sentir.

Cual mana en oculta peña
Cristalina y mansa fuente,
Crea imágenes la mente
Que se ofuscan al brotar.
Nos presta honda, solitaria,
Una idea el pensamiento,
Y sin gozo y sin tormento
La sentimos resbalar.

Una idea libre, vaga,
Turbulenta, revoltosa,
Un fantasma de una cosa
Que no hemos visto jamás :
Una fosfórica llama
Que nos sigue y la seguimos
Adelante si la huimos,
Si la buscamos detrás.

Idea que brota informe
En la languidez del alma,
Que nace y muere en la calma
Del placer ó del pesar ;
Una idea que no estorba
Para ver lo que se mira,
Que nada en el alma inspira
Y en nada deja pensar :

No es muger, demonio, ni ángel,
No es esperanza ni gloria,
Pero existe en la memoria
Sin fuerza y sin voluntad :
Si el alma padece es triste,
Y si goza es lisonjera,
Y si el alma desespera
La idea es la eternidad.

Esa idea nos agobia,
Se revuelve y se acrecienta
De la noche amarillenta
Al silencioso rumor ;
Y el susurro de una brisa,
El murmullo de una fuente
La mantienen en la mente
Sin hacérsela mejor.

Entonces es cuando el hombre
Piensa sin saber qué piensa,
Y aborta una idea inmensa
Sin concebirla tal vez ;
Entonces es cuando mira
En la tierra un hondo foso,
Y un pabellón de reposo
Del cielo en la brillantez.

La soledad y el silencio
Exhalan vaga armonía
Que el oído no oiría,
Y atenta el alma escuchó.

Una música con formas
Que al resbalar en la mente
Nos deja lánguidamente
La idea de que pasó.

Entonces nuestros sentidos
En blando sueño deliran,
Y en torno al ánima giran
Ilusiones mil á mil.
El oído oye murmullo,
El olfato aspira olores,
Los ojos crean colores
En delirio tan pueril.

Vemos entonces paisajes
Con ruinas, templos y fiestas,
Y oímos coros y orquestas
Y suspirar y reír ;
Sentimos ríos que corren,
Vistas aves que vuelan,
Manantiales que ríen
Por entre juncos salir.

Vemos en vasta llanura
Sotos y villas lejanas,
Y oímos de sus campanas
El apagado doblar ;
Vemos formas misteriosas
Que sonríen pasajeras,
Y lumbre de mil hogueras
Que reflejan en la mar.

Vemos árboles, cascadas,
Insectos, monstruos y flores
Que nos dan ricos colores,
Y movimiento que ver ;
Vemos un mundo cerrado
En transparentes encajes,
Entre flotantes celajes
Cercano á desaparecer,

Y oímos dentro del pecho
El uniforme latido
Del corazón abatido
Que dentro velando está
Como un reloj cuya péndola,
Sorda, monótona y lenta,
Los pasos del tiempo cuenta,
Que á hundirse en la nada va.

En este estado sin nombre
Ni dormimos, ni velamos :
Vemos lo que no miramos,
Sentimos lo que no es.
Y á un movimiento, á un suspiro
Que olvidados exhalamos,
Todos nuestros sueños vemos
Pavesas á nuestros pies.

No es dormir y se despierta,
No es muerte y se vuelve á vida,

Entonces la tierra es fango
Ante su origen divino,
El universo mezquino
A su noble inmensidad :
Dios es el fin de su raza,
Es la atmósfera su aliento,
Su alcázar el firmamento,
Su tiempo la eternidad.

Entonces brota en sonidos
El fuego febril del alma,
Lope, Schiller, Maíquez, Talma,
Atan el mundo á sus pies.
Y entonces ¡oh actor poeta!
En tu espíritu altanero,
Ni el poeta está primero
Ni el actor está después.

Es el teatro tu imperio,
Es el pueblo esclavo tuyo,
Tus derechos el misterio
De tu osada inspiración,
Y nosotros, los profanos,
Asombrados te rendimos
Sonoro aplauso en las manos,
Respeto en el corazón.

Y en la altivez de tu orgullo
Llegan á tí nuestras voces
Como el escaso murmullo
Que alza un insecto al volar ;
Y á tu vista somos solo
Nosotros, un pueblo entero,
Un revoltoso hormiguero
Que va tu planta á cegar.

Entonces magnates, reyes,
Caudillos, conquistadores,
Privados, emperadores,
Son allí menos que tú ;
Y ante tus falsos disfraces
Es tierra, harapos y talco
Cuanto ostenta altivo palco
De oro, perlas y tisú.

UN RECUERDO DEL ARLANZA.

Río Arlanza, si las fuentes
Que en Burgos te dan el ser
No cegaron sus corrientes,
Y aun en tí van á verter
Sus cristales transparentes ;

Si tus ondas revoltosas
Entre arenas amarillas
Se deslizan bulliciosas,

Y allá en la mente escondida
Se levanta una creación.
Entonces el pintor pinta,
El músico escucha y toca,
Y el poeta halla en su boca
Palabras de inspiración.

Entonces siente arrobado
De fuego su pensamiento,
De fuego el osado aliento,
De fuego el habla mortal ;
Hay un volcán en su lengua,
Y un volcán en su mirada,
Y cruza el mar de la nada
Con su mirada inmortal.

Entonces Byron escribe,
Entonces pinta Murillo,
Y el sol vierte escaso brillo
Su aborto para alumbrar ;
Entonces Hoffmann delira,
Y en torno de su ponchera
Como en torno de una hoguera
Ve sus fantasmas flotar.

Entonces Calderón llama,
Y á su vigoroso acento
Cielo, infierno en un momento
Parecen delante de él.
Y paseando allí sus ojos
Seres buscando inmortales,
Sus Autos sacramentales
Arroja al mundo en tropel.

Entonces el cuerpo duerme,
Este alcázar de ceniza
Que el ánima diviniza
Por ser cárcel de los dos,
Mientras ella libre, ufana,
Hija de celeste prole,
De su estirpe soberana
Demanda cuenta á su Dios.

El mundo ansiosa registra
Sin respetos ni barreras,
En pos de lindas quimeras
Con que hacer mundo mejor ;
Y ni templos, ni palacios,
Ni presentes, ni futuros,
En la nada están seguros
De su ímpetu creador.

A su voz dejan los muertos
Sus encierros funerarios,
Envolviendo en los sudarios
Lo que queda de su ser ;
Santos, criminales, niños,
Esclavos, soldados, reyes,
Sus caprichos como leyes
Se aprestan á obedecer.

Bañando las mismas rosas
Sobre las mismas orillas;

En verdad que en una altura
Hay un pardo torreón
Que pinta en el agua pura
Su descarnada figura
Como estraña aparición.

Acaso tú, río Arlanza,
No te acuerdes de su nombre,
Porque á tí no te se alcanza
Con cuanto afán compra el hombre
El placer de la esperanza.

Tú cruzas el campo ameno
Entre flores susurrando,
Y pasas libre y sereno
Del triste que queda ajeno
En la ribera llorando.

Tú, río, que nunca amaste,
No guardas en la memoria
Los lugares que dejaste,
Que no te importa la historia
De los que una vez pasaste.

No sabes, sonoro río,
Lo que pesa un pensamiento,
No sabes como en el río
Me atosiga y da tormento
Ese peñasco sombrío.

Pero ¿qué estraño que ignores
Su nombre y el de su gente,
Si sus escambros traidores
Desplomó sobre la frente
De sus caídos señores?

Si al tender por ese llano
Los perfiles de tus olas
Hallas un cerro cercano
Envuelto en tapiz liviano
De silvestres amapolas;

Donde tu corriente clara
Entre los juncos se pliega
Y en un remanso se para
Que de los restos se ampara
De Celada y de Pampliega;

Allí, Arlanza, has de encontrar
Una torre en una altura;
Mírala ¡oh río! al pasar,
No te avergüence el andar
Arrastrando por la hondura.

Que sin foso y sin rastrillo
Verás solo un torreón,
Solitario y amarillo,
Que ayer se llamó castillo
Y hoy el alto de Muñón.

Ya son presa del olvido
Sus blasones y baluartes;
Mírale, Arlanza, atrevido,
Sus gentes cuando han huido
Perdieron sus estandartes.

Mira ¡oh río! en caridad
Si de ese fantasma al pie
Una afijida beldad
Llorando tal vez se ve
Su amor y su soledad.

Y si en tu márgen desnuda
Las resbaladizas ondas
Contempla llorosa y muda,
Antes, río, la saluda
Que por la vega te escondas.

Y no la dejes ¡oh río!
Por respeto ó por temor
De su doliente desvío,
El llanto que vierte es mío,
Que está llorando de amor.

¡Ay de la blanca azucena
Que sin lluvia bienhechora
Se agosta en la seca arena;
Ay de la niña que llora
Sobre las aguas su pena!

¡Ay de la angustiada hermosa,
Por cuyos ojos deliro,
Por cuyos labios de rosa,
Por cuya risa amorosa
Enamorado suspiro!

¡Ay de la que piensa en mí
En la márgen del Arlanza...!
¿Qué aguardas, hermosa, di,
Sin consuelo ni esperanza,
Tan acongojada aquí?

¿Por qué tus alegres horas
Vertiendo lágrimas pierdes
Sobre los ondas sonoras,
Que cruzan murmuradoras
Por esas campiñas verdes?

Esas aguas que hallan flores
En la ribera al pasar,
Por mas que sobre ellas llores
Nunca tus cuitas de amores
Sabrán, niña, consolar.

Ni por mas que tu amargura
En són de queja las cuentas,
A la falda de esa altura
Movidas de tu hermosura
Han de parar sus corrientes.

Porque ajenas de tu afán
Por el valle resbalando
Indiferentes irán;

Y nunca mas volverán
Aunque tú quedes llorando.

Ni pienses que han de venir
A contarme el desconsuelo
En que te vieron gemir,
Que á darnos no alcanza el suelo
Mas placer que el de morir.

El cielo nos dió pasiones,
Nos dió luz, vida y calor,
Pobló el alma de ilusiones,
Mas negó á los corazones
El consuelo en el dolor.

Tanta luz, tantos colores,
Tantas galas y primores,
Son mentira y oropel,
Que el mundo alfombra con flores
Los pantanos que hay en él.

Las flores se desvanecen
Y corrompidas no aroman,
Los ríos furiosos crecen,
Y torrentes se desploman
Sobre el prado que florecen.

Lo que ayer palacio fué
Hoy vemos informe ruina
Por mas que el grosero pié
Mirando su sombra esté
Sobre el agua cristalina.

De ese adusto monumento
Que levanta en el espacio
Su esqueleto ceniciento
Demándale, niña, al viento
Si fué cárcel ó palacio.

Demándale al claro río
Que baña el valle que habitas,
Qué hizo ayer el tiempo impío
Del feudo y del poderío
De esa peña en que meditas.

Pregúntale qué se hicieron
Los nobles de esa Castilla,
Los castillos que vivieron,
Los planteles que tuvieron
En su ribera amarilla.

Pregúntale qué misterio
Encubre esa cruz que riega
Cual árbol de un cementerio
Dondé tuvo un monasterio
Para sus reyes Pampliega.

Pregunta si entre las rejas
De su bizantino muro
Oyó las amargas quejas
Del rey que en su templo oscuro
Lloró virtudes añejas.

Pregunta si oyó decir
Al monarca en su abandono
Que un puñal le hizo subir
Los escalones del trono,
Y un vaso se le hizo huir.

Para escojer le llamaron
Entre morir ó reinar;
Los que ayer le coronaron
Su vénia no demandaron
El tósigo á preparar.

¡Triste Wamba! por mancilla
La púrpura te vistieron
Esos grandes de Castilla
Que tu sepulcro tendieron
A las puertas de esa villa.

¡Río Arlanza! ¡río Arlanza,
Que el florido campo pules
Derramándote en holganza,
Tan frágil es mi esperanza
Como tus ondas azules!

¡Quién pudiera, río manso,
Resbalando indiferente
Hallar como tú descansas
Cuando apilas tu corriente
En escondido remanso!

Pues pasas murmurador
Bordando el campo de flores,
Arrulla ¡Arlanza! el dolor
De esa niña sin amores
Que está llorando de amor.

Dila, Arlanza, que ha mentido
Quien encontró á mis cantares
El placer que no he sentido,
Que en ello gozo he finjido
Por adormir mis pesares.

Dila que si suelto al viento
Al compás del arpa loca
Alegre y báquico acento,
Es que cierro á mi tormento
Los caminos de mi boca.

¡Río Arlanza! ¡río Arlanza,
Que el florido campo pules
Derramándote en holganza,
Dila que está mi esperanza
Cabe tus ondas azules!